

# Ante la manifestación de la existencia

Volumen I de III, Prosa (Textos 1 a 106)

**Miquel Ricart**

[ricartpalau@gmail.com](mailto:ricartpalau@gmail.com)

<https://miquelricart.net>

<https://youtube.com/MiquelRicartPalau/videos>

Reservados todos los derechos  
Prohibida la reproducción por cualquier medio  
sin permiso por escrito del autor.

Edita: © Miquel Ricart

# Volumen I: Prosa

## 1. Señales premonitorias

En aquel entonces el silencio era casi absoluto. El tiempo transcurría a mi favor, y yo navegaba indolente por sus aguas. Después, a partir de un día —el día prodigioso— no dejé de pensar en la posible existencia de una imagen duplicada. Ahora, mientras intento alejarme con calma de un mundo que de espanto aúlla, palpo mi cuerpo y lo siento arder. Qué extraño. Con lo frío que está el mundo. No sé de qué manera pueden haber surgido las telúricas fuentes de calor que en mí han hallado cauce.

Como un héroe trágico hincó en tierra mi rodilla; por todas partes veo ondear señales premonitorias. Hay unos héroes que son míticos, mágicos, fabulosos... inexistentes al cabo; pero hay otros héroes, éstos sí reales, que son aquellos que intuyen su futuro, olvidan parte de su pasado y luchan contra la adversidad sin volver hacia atrás su rostro despavorido.

Todo eso es cierto, y mucho más. Y heme aquí, pese a todo, incorporándome de nuevo para hacer frente, desde mi cuerpo ligeramente cálido, a las heladas ráfagas del desespero.

## 2. Un lugar donde vivir

Para vivir allí. Sólo para eso. Para vivir allí. Pero yo no tenía por qué traspasar nuevos espacios desconocidos. No, ciertamente. El viaje imaginario tan confusamente previsto —palabras posibles, presencia indeterminada— era innecesario. Para qué otra vez los mismos hechos aunque en diferente lugar.

Porque en realidad nada tenía yo que ver con todas aquellas posibilidades distantes. Sí, todo aquello debía continuar lejos de mí, en la densa niebla de lo desconocido.

Yo estaba convencido de que era mejor no realizar acción alguna que pudiera sugerir un futuro hipotético, y quién sabe si terrible. Para qué nuevos destinos.

Porque incluso para poder vivir aquí era inmenso el esfuerzo. ¿Partir de nuevo? No. Debía permanecer en el mismo lugar en que me hallaba. Porque, además, y ésta era otra circunstancia a tener en cuenta, era preferible evitar la profecía que acecha a quienes pretenden la travesía del mar.

3. Cada momento pasado, después de haber sido vivido por el ser, conlleva una aceptación inevitable para el propio ser, el cual transita, errático, bajo la bóveda inmensa de la apariencia de las formas. Sí, así es, el ser, en su condición de mortal continúa, pese a todo —la ciencia, los métodos lógicos, la constatación de los hechos...— doblegado, vencido irreversiblemente por su propia temporalidad.

4. ¿Acaso todo debe tender a la concreción de la expresión? Cuando esta tarde atravesaba los campos saturados de luz reflectante, ¿estaba allí la posibilidad del ser? Cuando dejaba tras de mí un paisaje inmenso y a la vez tan querido, ¿tenía el ser a mis espaldas, al final de las mieles?

Me he estado desplazando todo el día describiendo órbitas circulares en torno al lugar al que constantemente acudo, porque sólo en él se contiene lo que yo intuyo del ser.

Bajo los mantos aéreos del calor, al principio de esta nueva noche densa, he decidido avanzar —cumpliendo las condiciones estrictas de la lógica— hacia el levemente definido entorno del ser.

5. En el lugar insólito en el que nos hallábamos parecía que círculos concéntricos limitaran la realidad difusa.

Algo más tarde, después de habernos podido alejar con dificultad de aquellas inimaginables tinieblas, pude reflexionar levemente tras el vértigo.

En mi interior no cesaban de surgir palabras de reconversión.

6. Deberé elegir, en un futuro inmediato, el camino de sirga o cualquier otro que conduzca al lugar donde se halla el friso de los íbices. En realidad, al final de la mayoría de los trayectos, agua y piedra concurren. Y no es inverosímil imaginar que en esa confluencia —en su simbología líquida y compacta— pueda hallarse la respuesta al porqué del comienzo de los itinerarios inevitables.

7.

Sobre los torsos erguidos de aquellos jinetes foscos  
se intuía ya la muerte  
M. R.

Yo vivo en el mundo de mi lenguaje. Lo demás queda lejos, se diría que no existe, que está su pretendida realidad casi extinta. Al menos, así lo vive mi percepción. Porque ¿dónde se encuentra ahora “todo aquello ya pasado”? Si hasta lo acontecido hace un >>

---

instante es ya recuerdo. Por otra parte, no parece tener límite —ni espacial ni temporal— la afirmación de lo ambiguo. ¿De qué son prólogo o presagio el silencio y la soledad? Posiblemente del ser en su autenticidad. Ante un mundo que hostiga con totalidades conceptuales y fácticas no cabe responder sino con soledad y silencio. Y así el ser se manifiesta exacto.

Y el enorme conjunto de las obras literarias realizadas hasta la fecha ¿adónde nos conduce, si es que hay previsión de destino para objetivo tan disperso? Quizá escribir no sea más que afirmar parcialmente, discurrir sólo sobre según qué, dudar de casi todo, sucumbir a menudo, ensalzarse y caer de forma alternativa, descender y de inmediato seguir el camino inverso...

8. Relatividad. Planos del pensamiento situados en diferentes estratos. Por encima de la evidencia existe una extraña cosificación. Argumentos inconexos. Distancia e itinerario. De parte a parte. Lenguaje cerrado. Totalidad de límites dispersos. Hasta el infinito. Y el contorno se expande sin cesar. Transformación ante un ser que desconozco. Sí, son trazos quebrados. Nombres escindidos. Incógnitas, premoniciones, ansiedad, voz, tono, acento... Norma y transfiguración. Acracia. Corporeidad. Líneas complejas. Aparente error que clama. Ángel caído. Fulgor. Resurgir incierto. Castigo y renovación. Hora y lugar. Haz simbólico. Sonido, eco y reverberación. División. Aún más, sí, más aún y para siempre. Reducción a cero. Aura dorada. Aniquilación.

9. Como cada hombre. Ser substancial. Ocurre cada vez y para cada hombre: momento último que permanece incógnito.

Ente que ruge.

Mientras, a cada instante, fenece en línea multitudes humanas en clásica formación de combate. Caen sin cesar.

Ser humano, extraño e imperfecto ser tantas veces contemplado.

Seres todos diferentes. Realidad del ser, incompresible hasta la exageración y la angustia.

Como cada hombre: evolución del neántropo primordial del tiempo de los orígenes, forma homínida, futura e incrédula víctima innominada.

## **10. Paisajes nocturnos**

La soledad está siempre formando parte de lo más inmediato al ser. En el silencio de la noche que acompaña cíclicamente al hombre no hay a menudo más que una realidad plena y

---

sentida. Casi todo lo existente parece entonces haber desaparecido. Pasión y afecto parecen resurgir al unísono de las hondas cavidades de la evocación. ¡Por fin vuelven aquellos que añoramos! ¡Por fin concluye una angustia cuyo origen sí conocemos!

No se acostumbra a mirar más allá de donde se difuminan los contornos de los cuerpos. Y entre estos y el sonido de las voces es difícil apreciar la magnitud de los fulgores nocturnos, su intensidad o su frecuencia. Pronto cesarán voces y sonidos, en cuanto avance la noche y se vayan extinguendo las luces que ahora aun brillan; entonces, los cuerpos —tanto los que vislumbro como los que presiento— irán, uno tras otro, doblegándose en silencio.

11. Nuevas voces del antiguo Saber, hijos del Sol: por vosotros puedo hablar. Os debo la palabra.

12. Caídos por fin los ideales —lo que supone una aproximación a la autenticidad de los seres— sólo quedan ya imprecisas imágenes de lo deseable.

13. Formas difusas, peristálticas, ameboïdes... Sí, formas irregulares, aberrantes, temibles, imprevisibles...

Sí, formas horribles todas ellas, que corresponden a momentos pasados y espantosamente ciertos.

Ya digo: monstruos. Prodigios.

14. Ni siquiera la destrucción es suficiente. Parece permanecer, alternativa, la realidad imperecedera de lo desechar. La tangibilidad —como aspecto parcial de la realidad— está, con todo, ahí, compartida y como provista o revestida de apariencia. Ahí, siempre ahí, opaca, próxima, e imprecisa.

(Casi nada, allí no había casi nada, solamente se podían hallar, entre otras pocas y dispersas pequeñas cosas, algunas incipientes realidades, equidistantes de la cariátide y de extraño aspecto mortecino).

15. Yo escribo siempre —o así al menos a mí me lo parece— desde la misma realidad subjetiva: desde el espacio literario más intelectualmente próximo a la nada.

16. El tiempo futuro, careciendo de imagen como carece, no puede considerarse más que como una superficie emergente, en la que quizás un día todo lo que desde ahora vaya sucediendo se representará proyectado. Será entonces —todo ese acontecer venidero— concreción y categoría.

17. Aquellos seres que no son veraces evitan una y otra vez —para no menoscabar la irrealidad— dirigir su mirada a aquellos otros seres que se hallan postrados.

18. Aquí hablo y espero, aquí, junto al ojo del huracán, aquí, desde el origen de la inmensidad.

19. Ante todo este espacio, y entre todo este silencio, vuelve al ser, una y otra vez, lo que desde siempre ha permanecido a través de los cuerpos.

20. Algunos aspectos de la vida tienen la plenitud y la brevedad de la ofrenda.

21. Cumplida una gran parte de la acción irrevocable de la vida calcinadora, quedan ya pocas nuevas moradas imprecisas a las cuales descender.

## **22. Génesis**

En el principio era el dolor. Vinieron después todas las restantes situaciones terribles.

Así aparecieron la maldad, la envidia, el odio, la crueldad... Alcanzó el ser todas sus características negativas: serían éstas ya, desde entonces, atributos del hombre para siempre (tembló el ser sacudido por la ira).

Surgieron más tarde —teniendo la condición de aleatorias— las deformidades óseas, las incapacidades físicas, las enfermedades de toda índole... Injustificables todas ellas, estarían ya sin embargo, desde aquel momento inicial, hiriendo al ser, postrándolo...

Tuvo lugar a continuación el origen de la contradicción irresoluble, del absurdo, del miedo y aun del terror, y del delirio a todo ello subsiguiente...

Aparecieron más tarde —entre otros— los saurios, los batracios, los protozoarios, los celentéreos, los artrópodos, los anélidos... Se originó la gran confraternidad genética de todos los seres vivos...

Por último, se dispuso la existencia de la muerte, que se fraguó inevitable para el ser... Y quedó así —en la más enorme de las extrañezas— el mundo finalmente completado.

23. Tiempo es ahora de erradicar el pasado y las convicciones erróneas, y de destruir las tradiciones enigmáticas, crípticas, y de desvelar viejos misterios, y de dejar de insistir en lo absurdo... (Imagino un ser harto de caer, enardecido y distante, embrutecido por la realidad...).

Ahora sí, ahora ya es tiempo de lanzar las últimas andanadas de residuos, de vaciar los pudrideros; y de nuevo vendrá el tiempo de la desolación, sí, después diré otra vez lo mismo, volverá nuevamente la náusea...

---

Tiempo es ahora de deshacer las marañas de imposiciones, de romper las murallas de podredumbre ideológica... (Es que parece no ser posible, hay que dejarlo aislado, no es racional, pertenece a un medio distante, no es preciso avisar a nadie, van alejándose lentamente, oigo su agonía sibilante...).

#### **24. Una fantasía mítica**

De nuevo cierta oscuridad.

Había dejado atrás Erimantea (Para el Héroe, de Atenea la túnica, de Hermes la espada, de Apolo el arco y las flechas... Obsequios todos ellos de dioses previsores).

Todos los mitos distintos de Heracles, de tanto retorno, iban volviéndose estáticos.

Yo estaba indefenso ante tanta vorágine. Imaginaba Lerna. Observaba Estinfalia. Mis articulaciones, doloridas, ayudaban a sostener imposibles imágenes de monstruos mitológicos, acaso bicéfalos, posiblemente hídricos. Impasibles —relativamente próximos— Gerión y Augias.

25. Junto al decurso vital, con todo su rastro adverso, ha ido discurriendo en mí otro decurso, literario éste y de aquel derivado, que ha ido constituyendo la expresión explícita, aunque parcial, de mi acontecer y mi sentir.

26. Al borde del abismo. Ahí está el ser del hombre.

27. Yo pretendo avanzar hacia el interior de la propia esencia del concepto, hacia la estructura íntima y originaria de la definición.

28. Y dijo el hombre al mundo:

"Cuanto más insistas en tu intento de dominio, más mísera será tu imagen. Yo me he alzado desde el suelo más infecto. He vencido parcialmente la maldición que pesa sobre el hombre. Estoy ungido."

Y replicó la voz del mundo:

"Nada podrás contra lo existente. Contra más pretendas evadirte de nuestra realidad, mayor será tu desolación."

29. Escribir representa, para mí, caminar por los páramos de la imaginación y del recuerdo (lugar desconocido donde debe hallarse la inspiración, lugar pretérito donde veía crecer los crisantemos y las dalias...).

30. Consciente de todo lo ya acontecido y rodeado de inevitables certezas, me sumí en el desconcierto.

31. Allí se meditaba en paz, era posible avanzar en el pensamiento. Un lugar puede influir de forma decisiva en un designio. Se originaban en mi interior indefinidos proyectos vitales en medio de la luz radiante de los parques de Cambridge.

32. La poesía hay que escribirla con todo el cuerpo, sus misteriosos circuitos, sus vacíos: poesía del cuerpo para el cuerpo.

33. La poesía, a su vez, hay que escribirla con toda la fuerza del amor humano, con la justa rabia, con la misericordia que origina ver a un hombre sufrir —o ya cadáver—, raíz superficial de ese extraño árbol en el cual el ser confluye.

34. El ser no cesa de alejarse mentalmente de su entorno, en especial del más próximo, apartando su mirada de aquello que más teme (se saben de sobra las causas del temor humano y no es preciso ahondar en ellas). Mediante esa actitud evasiva el ser consigue sobrevivir en su indiferencia ante lo ajeno, y también puede llegar a conseguir, en su idealizado concepto de sí mismo, creer que es algo más que una acumulación de sustancias deleznables y heterogéneas.

35. Posiblemente vaya siendo hora de vestirme con las togas más livianas...

36. No (de forma expresa y en sus justos términos). No. ¡Más voces no, destruidlo todo, lacerantes ídolos!

### **37. Trayectos meridionales**

Creía yo, en aquellos momentos, que más hacia el Sur no había sino la muerte. Más al Sur. También pensaba entonces —y continúo pensando ahora— que la inmensidad inquieta al ser, y que en ella no cabe sino la intuición; por entre la dispersión del tiempo y del espacio avanza el ser en un trayecto en el que, al fin, nada se concreta.

Debido a lo anterior, yo evitaba precipitarme en tomar cualquier decisión que implicara un desplazamiento sobre una superficie cada vez más desoladora; precisamente por ello intentaba no situarme en los lugares donde se iniciaban las rutas meridionales.

Hay vivencias que son exclusivamente subjetivas: entre la alternancia turbadora en que la vida consiste, y frente a la certeza del absurdo y la contingüedad de la nada, yo

mantenía la convicción de que por la ruta del Sur no se llegaba a un destino diferente del concepto amplio de la muerte.

38. Todo el pasado se va acumulando constantemente en cada instante vital.

Ante esta realidad, desearía que existiese solamente futuro, un futuro originario, nihilista, tabla en blanco en la que jamás se tuvieran que escribir nuevos errores. Vida nueva futura, sí, sin anatemas, sin rituales, sin condenas, sin improperios, sin culpa; tiempo venidero por el cual poder avanzar serenamente...

39. Ni hechos, ni palabras. ¡Seres poderosos, ya sois pretéritos! ¡No pretendáis confundir al hombre exangüe, al ser que no desea decir sino verdades!

40. Dónde situar las magnitudes de la sensibilidad. En qué lugar. Dónde. En qué espacio anterior de los que configuran la realidad. Y qué dirección asignar a todo aquello ya acontecido (yo no puedo referir un acto sino a su propia esencia interna). Y desde dónde. Y hasta cuándo (era entonces el tiempo primigenio, el inicial, el de los contornos infinitos). Y por qué motivo. Y con qué fin.

41. No hay más que miedo y soledad: renace el hombre.

42. Por donde yo intento avanzar, casi nada hay que sea cierto.

43. Ya desde el principio me había sido posible entrever la mayoría de los aspectos siniestros, contradictorios e incomprensibles que conlleva inevitablemente la realidad. Sí, ya entonces —desde el principio— pude ver con claridad la magnitud de la esencia.

44. Desde aquellos mismos ojos. ¡Oh absurdo, cómo te autoproclamas, cómo permaneciendo estático expandes tu poder cuando te unes al miedo!

45. Todo está en el hombre. Pero la plenitud es a la vez fugaz. Y pronto quedará ahí —único, individualizado y estático— el imperio del significado, eso que verdaderamente están diciendo las palabras.

46. Es admirable la confianza en sí mismo que demuestra Don Quijote al decir: “Yo sé quién soy...”

47. Es esencial intentar asignar a cada instante del tiempo futuro un hecho concreto, intentar ordenar parcialmente la acción.

Y ello por más que el azar tenga un papel determinante en la acción; sí, aun así, pese a ello, y quizá por ello.

48. Con el paso del tiempo todo se vuelve adverso; quizá debido a extrañas saturaciones, o quizá debido al retorno del ser a los lugares en los que todo permanece estático.

49. “Cuando uno abre los brazos, y los pone en cruz, y a continuación los pliega sobre sí mismo... Entonces surgen dos enormes manos desconocidas, que, abiertas, se alzan frente al rostro y nos lo sujetan, apretándonos las sienes...”

Existe ciertamente una fuerza extraña, ajena a una existencia nuestra aún más extraña, críptica, hecha de sueños y de las palabras que los sueños crean, una existencia en derredor dispersada, desconocedora de destinos, de ámbitos, una existencia que no es quizá más que una sensación inexplicable surgida de otras palabras, las cuales, envueltas en las nubes de la imaginación, darán lugar posiblemente a otros sueños...

50. Vendrá luego —tras la aparente racionalidad— el paso del tiempo con sus huellas indelebles. Aparecerán inevitablemente formas y espectros. Pero ya desde ahora la confusión y sus orígenes empiezan a tener aspecto de imperecederos.

## **51. Viaje de regreso**

Una vez más, he vuelto de un lugar ciertamente extraño, dejando tras de mí espacios no muy extensos; he avanzado en soledad entre la oscuridad.

Y ahora, finalizado el breve viaje, vuelvo a pensar que las ideas no siempre consiguen configurarse por la imaginación y que a veces, de surgir, surgen sesgadas.

(Ya empieza a precipitarse en la sensibilidad un conjunto de sentimientos y valores negativos. Ya comienza la náusea a adquirir densidad).

## **52. Las palabras posteriores parecen estar siempre al filo del momento vital conocido.**

Desde las rápidas circunvalaciones que describen los momentos pasados —ahora ya parcialmente estáticos— apenas alcanzo a ver algo que pueda reconocer como accesible. En derredor mío voy palpando con las manos extrañas zonas vacías...

## **53. No hay días sacros.**

54. Dice Samuel Beckett en *El Innombrable* (Alianza Editorial, Madrid, 2<sup>a</sup> ed., 1979) que “sólo yo soy humano, y todo lo demás es divino”. Se puede constatar —respecto a la vida del ser en general— que lo trascendente está en gran medida indeterminado, y que todo lo circundante —presente y pasado, provisto de vida o sin ella— es casi absolutamente ajeno al propio ser.

También dice Beckett en su libro que, “yo, *del que no sé nada, sé que tengo los ojos abiertos a causa de las lágrimas que de ellos manan sin cesar.*” Sí, así es: desconocimiento total respecto a sí mismo, y tristeza sin fin; éstas son dos de las características fundamentales de la existencia del hombre, y Beckett nos las pone de manifiesto espléndidamente.

En palabras de quien prologa la edición que yo he leído (Alianza Editorial, Madrid, 1979), Frederick R. Karl, “... los seres de Beckett están todos orientados hacia la muerte”. Mundo extraño el que describe Beckett en su novela, ciertamente, pero mundo también intensamente humano, y en el que se contienen magníficas y literariamente bellísimas descripciones de lo más profundo de la esencia del ser.

## 55. La laguna Estigia

Estoy mirando una reproducción fotográfica de *El paso de la laguna Estigia*, de Joachim Patinir, cuyo original se encuentra en el Museo del Prado de Madrid.

Según dice la mitología, las aguas del río Estigia hacían invulnerables a quienes en ellas se bañaban. C. Falcón, E. Fernández-Galiano y R. López recuerdan en su libro *Diccionario de la mitología clásica* (Alianza Editorial, Madrid, Ed.1980) que Zeus hizo a Estigia, oceánide hija de una nereida y de Océano, “guardiana absoluta de los juramentos solemnes. Estigia aparece identificada con uno de los ríos de los Infiernos; era la corriente tenebrosa que amenazaba a los violadores de los juramentos”.

Vuelvo a la contemplación del cuadro: extraña luz la que en las quietas aguas de la laguna se refleja, amenazante aspecto el del verde de los árboles de sus orillas. En el centro de la pintura, una barca navega lentamente sobre un agua verdinegra.

Una rara sensación de calma surge del paisaje reflejado en el lienzo.

Misterio estático el de este cuadro, que pasa a formar parte momentáneamente del conjunto de imágenes que me acompañan silentes.

56. Para mí, para quien la pureza del aire era sagrada, era inadmisible aquel ímpetu de destrucción del mundo (había finalizado el siglo XX, se había iniciado el XXI, y se acrecentaba la consternación).

---

Contemplando la degradación progresiva de algunos elementos esenciales (el agua, la tierra, la vegetación...) me sentía caer inevitablemente, y en esa caída individual —reflejo de una mayor, colectiva— se evidenciaba el aviso de la desaparición —exclusivamente por culpa de la irracionalidad humana— de todo aquello que surgió de un origen hasta ahora desconocido.

57. Estoy solo ante mi soledad. Es mejor así. Ved mis signos de aserción.

Debo reflexionar. Ahora.

He de recapacitar. Ahora.

Después sería ya demasiado tarde.

Creo estar encontrando en mi interior antiguas y profundas convicciones esenciales.

58. No voy a ser yo quien pretenda reunir lo diverso.

No, sin duda no voy a ser yo quien realice acciones determinantes.

Menos aún voy a ser yo quien proclame certezas genéricas y absolutas. Eso lo tengo por seguro. No me cabe duda alguna.

No, no, yo no voy a ser quien deje de permanecer parcialmente inerte, ni quien intente aparentar capacidades sobrehumanas, ni quien ansíe emerger como un ser resplandeciente y poderoso.

59. En este momento estoy considerando un espacio ilimitado desde lugares confusos, atemporales. Y el verbo se difumina entre signos inciertos, señales incompletas. En cuanto me acerco a un símbolo concreto —al igual que en cuanto se pretenden determinar aconteceres— surge un movimiento de regreso al espacio inmóvil, a la nada del conjunto vacío.

Yo puedo imaginar distancias diversas, pero todas las características de las mismas son indeterminadas...

Es curiosa esta sensación de parcialidad dentro de la temporalidad. Me veo impelido a que sean inteligibles mis palabras, por más que todo sea tan disperso. Y es que parece estar, en el avance, implícito el retroceso.

Si alguna vez sabéis de la certeza, es que estáis provistos de algún don; otros no tenemos sino intuiciones y recuerdos.

No sé desde qué mundo escribo, no he encontrado clase alguna de señas que identifiquen a los seres; sólo he podido hallar leves auspicios entre una terrible confusión de tiempos y distancias.

Pero —como han dejado dicho algunos autores— hay que seguir; y así, pretendo afirmar mi propio paso, hacerlo audible... Hay que seguir, pero nadie sabe mínimamente

---

cómo, ni hacia dónde, ni porqué... Hay que seguir, y parecen verse escritos en el aire imperativos mensajes míticos...

60. ¿Cuál será el último hecho, propio y concluyente, que desencadene el fin inevitable?

Las alteraciones decisivas se producen —no hay, al respecto, otra posibilidad— de un modo aleatorio e interno. Lenta, sigilosamente. Ahora, aterrado, en este momento de pánico —parecido a otros muchos anteriores— siento dentro de mí lo que más adelante concretaré en palabras.

La unidad de los seres tiene necesariamente que estar predeterminada. Pero partes de mí mismo —algunas de ellas vitales— están siendo ya amenazadas por aquellos hechos absurdamente no evitados. (Fuerza, razón, sedme propicias. Serenidad, coherencia, no os alejéis ahora de mí: os preciso más que nunca. Detente esta vez, enfermedad, recoge tus crespones).

Mientras, no debo olvidar en ningún caso el acto que pueda dar lugar al inicio del fin. Esta evocación ha de estar siempre presente en mi pensamiento, en cualquier lugar, en cualquier momento.

Tiempo, voz y recuerdo, acaso, desconocimiento, incertidumbre, víspera que quizá anuncie lo que aguardo en silencio.

61. Tenía que volver al origen. No había otro destino. Era inevitable aquel retorno. Y ciertamente era aquel el único camino posible, del cual se podía ver casi en su totalidad el largo trazado convexo. Entonces tenía lugar el momento fugaz de la victoria; cualquier hora era accesible, parecía estar el tiempo abierto...

Yo volvía hacia el origen, sí, y estaba la soledad inmensa... Tenía además contigo, en ocasiones, el ser cenital durante tanto tiempo imaginado...

Alcanzada por fin la lejanía, sabía próximo el origen al cual poder contemplar casi indemne...

62. En mi actividad literaria he pretendido siempre, de manera fundamental, aproximarme conceptualmente a la materia sensible.

63. Yo respondo a criterios esenciales, desdoble vitalidades. Me identifico por acciones, limito paradigmas espaciales. Y espero. Detento posibilidades.

64. Siempre pienso en volver a aquellos lugares que son límite y a la vez inicio. Con palabras renovadas, con propósitos coherentes.

65. Respecto a los retratos de Francis Bacon, de Lucien Freud, de Isabel Rawsthorne, de Georg Dyer, del propio autor....

Mientras se contemplan las maravillosas, deformes y asimétricas cabezas retratadas por Francis Bacon parecen oírse gritos desgarradores, aullidos, quejas incesantes y profundas...

Yo creo que Bacon refleja en las obras referidas, y con una intensidad difícilmente igualable, las brutales contradicciones existenciales a las que se enfrenta el ser humano.

Y al hacerlo, se aúnan una peculiar y fantástica belleza de las formas con una explícita, profunda y dolorosa dimensión de la esencia del ser.

66. Siempre me hallo, de forma cíclica, a la misma distancia de la oscuridad y de la luz. Existen enormes divisiones intangibles entre lo real y lo posible. Y vuelvo a la consideración del concepto de acción, de la acción que conduce a la lejanía en el pensamiento.

¿Pero qué decir del espacio que el tiempo ya ha determinado? Habrá que considerar el tiempo desde el interior del propio tiempo, a lo largo de su propio transcurrir. Sabemos que el tiempo tiene una estructura indefinible. Sabemos también que el propio tiempo, al igual que la náusea, se adjunta inseparablemente a la parte más lúcida del ser. Y lo hace de manera incesante.

El tiempo, en efecto, se une al ser, se cosifica en el ser; el tiempo es real —existe— en cuanto es parte del ser. Y asimismo, y de forma sustancial, el tiempo pasado, en cuanto sido, determina los rasgos más configurativos y más indeclinables del ser.

## 67. Los claustros místicos

En el viaje de regreso, mientras vayas surcando las indefinibles superficies del aire, posiblemente sobrevolarás relieves de piedra sumergidos en fondo del mar —representando leones, águilas, animales acuáticos, esfinges...— y quizá también templos recubiertos de plantas marinas...

Por cierto, ¿has encontrado allí, donde ahora te hallas, rastros del ser?

Ante el azar de volver a verte, desde los claustros místicos de la verdad sobrevenida, a lo largo de los días, ante un mar de dudas oscuro, helado y brumoso, ante todo lo que se remonta al origen del discurso, ante la nada y su constante presencia, y a la espera de tus

noticias sé desde ahora bienvenida, y gracias por regresar a esta latitud en que me hallo, a este lugar originario y tantas veces frecuentado, próximo y sin embargo extraño...

68. Nosotros, aceptadores como éramos de un futuro inevitable... Únicamente sabíamos con certeza que debíamos retroceder hacia nuestro interior, y avanzar con decisión, y aceptar la soledad. Y que pese a todo no teníamos otra solución que reflexionar, no sólo ante el vacío conceptual, sino también desde dentro de él. Y nos constaba también que debíamos saber actuar entre los límites de lo racional; y estábamos convencidos, asimismo, de que no parecía haber otra forma de conocimiento que no fuera a través de interrelaciones conceptuales. Y habíamos llegado al convencimiento de que el más importante de los objetivos de la filosofía de la existencia era intentar avanzar —con toda la dificultad que implica pretender superar lo evidente— a lo largo del círculo intelectual de lo que puede ser teóricamente denotado.

69. Debería bastar con sabernos vivos. Pero no hay realidad que no se convierta finalmente en algo ajeno. Más adelante, cuando incluso el verbo me abandone, aceptaré ser quien realmente soy, nada haré que impida surgir la inevitable resolución separadora, y dejaré de intentar crear algo que pueda acercarme a cualesquiera parajes intelectuales que en otro tiempo consideré indispensables.

70. Posiblemente sean los seres más alejados los primeros en desaparecer: están situados en el recóndito espacio que deja libre lo desconocido.

71. Fueron pocos en salir indemnes: habían valorado en exceso la seguridad de aquellos cauces prometedores. Por doquier se divisaban resplandores premonitorios: antes del evento se reunieron en la explanada aquellos que habían sido previamente designados; la mayoría unían una cierta amargura a su ansiedad y desesperación.

Al fin, sonó una voz imperativa. Y a partir de entonces se originó la mayor de las confusiones; los presentes se miraban unos a otros, incrédulos e indecisos: sabían de la magnitud del trance. El sudor humedecía los rostros de quienes anteriormente habían visto o vivido las escenas más crueles y extraordinarias. Un sentimiento común —como de miedo y náusea— dominaba aquellos seres destinados a una posible muerte inminente.

Se inició el combate mientras en un cielo bicolor aves de rapiña planeaban expectantes. Después, incluso algunos de entre los más feroces sucumbieron. Todo fue al fin arrasado.

72. Llegarán unos tiempos que tendrán que ser los últimos. Allí confluirán de forma extintiva el tiempo y el espacio; el choque será aniquilador de cuanto existe. Así serán esos tiempos venideros: vacíos y definitivos.

### **73. Amanecer en Salisbury**

Pienso ahora en aquella madrugada en que la realidad gótica de la catedral de Salisbury emergía sobre la bruma. No había nadie más que yo sobre la pradera circundante al templo; sólo yo, por tanto, parecía oír en aquellos momentos el órgano que sonaba en su interior. Una sonata. Al alba. Yo recuerdo que estaba aquella madrugada, en el sur de Inglaterra, desconcertado y absorto. Y emocionado. Amanecía en Salisbury sobre mi soledad estática.

74. Hay muchas cosas que poseen propiedades intrínsecas dudosas y que están, a la vez, situadas más próximas a nosotros de lo que debieran...

Por eso ahora, ahora más que nunca, es imprescindible mantener inquebrantables las distancias que separan al ser de los lugares donde se hallan los riesgos deletéreos...

### **75. Premoniciones**

Es posible la existencia de un futuro a compartir; en él predominarían, a la vez, el ímpetu y el vértigo. Pero ¿se incluyen en ese acaecer el dolor, los errores propios y ajenos, las evidencias que destruyen cuanto anuncian, la propia realidad vuelta incógnita y duda?

Yo no sé con exactitud qué futuro construir con los restos de un pasado fragmentado; y en cuanto esto afirmo me aproximo a no sé qué imprevisibles situaciones venideras...

Ya empiezan a sonar graves mis palabras, ya se encuentra demasiado lejano el sonido que en ocasiones esclarece. Es difícil luchar contra una realidad que sin pausa se alza contundente. Ahora es el momento terrible de pretender adivinar cuanto ignoro.

76. Recorriendo mentalmente parajes casi olvidados, me encontré de pronto frente a una armígera imagen femenina. Constituía ésta un símbolo de mórbidas formas y perfectos contornos: se trataba de una imagen bifronte. El mensaje que en esta ocasión me enviaban los inevitables poderes ocultos no era otro que recordarme, de nuevo, la existencia de la muerte.

Vinieron otros tiempos después de aquellos, que fueron devoradores en unas ocasiones y luminosos en otras. Y en el transcurso de los mismos, aquel símbolo desapareció de mi ensueño.

Pero en los cerros, las ciudades, las lagunas, los barrancos, las aldeas, los mares, los escarpes, las estepas y en cualquier lugar del Universo por donde transite el hombre, la muerte continuará siendo, una y otra vez, una cita a ciegas y sin tiempo previsto, un hecho

radical —no sé si también bifronte como su imagen vicaria— que pondrá fin a la angustiosa presencia de tantos espantosos dolores humanos y a las tremendas preguntas que —altivas y pétreas— permanecen sin respuesta para el ser.

77. El hábito de emprender en mi imaginación caminos intelectuales en soledad no se debe en modo alguno al azar: responde a una forma de estar frente al mundo.

78. Las evocaciones del pasado están casi todas ellas esparcidas por rincones de olvido y de rechazo; quizá gracias a ello se pueda avanzar con una cierta libertad en los procesos intelectivos, desoyendo cualesquiera voces de cualesquiera orígenes.

79. No hay camino de regreso en la concepción abstracta de la vida. No hay retorno a frases e ideas conocidas. No parece haber recorridos o itinerarios a cubrir si no se consiguen crear antes las frases que sobrepasan la evidencia. Sobran cenizas, desechos, escombros... Sobra destrucción de la materia... Mientras, bajo un cielo oscuro acerado por partículas tóxicas, el hombre permanece en su actitud indolente y suicida.

80. Soy el vértice de una pirámide cuya base poligonal la constituyen las estrellas. Observando el cielo, determino las aristas.

## **81. Aproximación a un tema mitológico**

Según la mitología existen muchos y muy poderosos dioses. Pero... ¿De qué dioses primigenios (paternales) procede el hombre? Entre todos los dioses destaca Tánatos (el dios de la Muerte) que, según nos explica Hesíodo en la *Teogonía* (Alianza Editorial, Madrid, ed. 2003) era hijo de la Noche y, por tanto, nieto del Caos. Sí, después del ilimitado desconcierto viene la oscuridad casi absoluta, y luego la muerte.

Hipotéticos y voraces dioses... Pero ¿es cierto, como afirma Hesíodo en el citado libro que proviene el Universo de un fuego inicial? ¿Y qué ampliamente ardía la inmensa tierra? ¿Es por tanto —podríamos deducir nosotros— ígneo nuestro origen?

Caos, Érebo, la negra Noche... En ellos fundamenta Hesíodo una idea esencial de los inicios de la existencia.

## **82. Las penúltimas palabras**

Cuando por fin surgen franjas de luz frente al olvido quedan ya pocas cosas por decir. Si acaso, enunciar algunas convicciones rodeadas —pese a todo— por la duda.

Es como si la enorme presa de agua que ayer bajo la lluvia visitamos, se inclinase de golpe hacia Poniente. Todo parece declinar. En ocasiones, por cierto, me encuentro con personas que tú también conoces y que aparecen de golpe frente a mí; esos encuentros breves y súbitos son como si se tratase de una representación fragmentada y melancólica de un pasado que aún recuerdo.

Quizá debido a tantas cosas acaecidas, a tantos incomprensibles interrogantes no resueltos, a tantas variaciones en la materia y en el espíritu, mis propias acciones parecen ahora negarme —no pertenecerme—. Y mientras me afano en conseguir las palabras adecuadas, no consigo sino encontrar restos vegetales esparcidos (ramas y hojas del bosque aquél que algunas veces recorrimos juntos). ¿Te acuerdas? Ahora, cuando camino junto a aquellos mismos árboles, me parece avanzar entre certezas y delirios.

Porque ocurre que la vida, con su cortante poder metálico, saja a menudo nuestros propósitos de arriba abajo. Mientras, la realidad —aquello que percibimos— vuela con sus alas nervudas a una velocidad de vértigo; dado que su rumbo es aleatorio, previene cuanto puedas al efecto, ya que tú también, por desgracia, te encuentras en el entorno de su vuelo.

En fin, y ya para acabar, y sobre todo, y por lo que más quieras, cuídate mucho, porque la angustia de no poder estar a tu lado por si me necesitas me produce una sensación casi inexpresable, algo así como si me fuera a caer —en cualquier momento imprevisible— sobre un cúmulo de zarzas rasgadoras y encendidas.

### **83. Exhortaciones**

No habrá voz que quiebre mi actitud segura.

Alzaos, no continuéis de rodillas, imaginaos espacios infinitos, sed libres, avanzad, cubrámonos con nuestros propios harapos y dejemos oír nuestros gemidos, avancemos aguantándonos unos a otros, sed valerosos, sosegaos, cerremos filas, desoigamos las voces de los homicidas, o bien, si lo preferís, huid, casi es mejor, dispersaos, estamos solos en un mundo profanado replegos, y entre tanto, clamad, olvidemos, dejadme olvidar tanta miseria vivamente humana, y a partir de ahora corred, apresurémonos, ya queda poco tiempo de permanecer en el país ambiguo de la nada.

### **84. Breves notas en torno a la obra de Blas de Otero**

84.1. Blas de Otero habla del ser desde la condición más intimamente humana de éste. Es decir, desde la unión radicalmente indivisible entre el cuerpo y el pensamiento.

84.2. La frustración a la que alude Juan José Lanz al referirse a la obra de nuestro poeta posiblemente sea la del hombre que se sabe limitado —en su libertad de pensamiento y de acción— por la debilidad orgánica de su cuerpo, por lo aleatorio de su destino y por la brevedad de su existencia.

84.3. En la literatura de Blas de Otero se hace patente una gran ansia de trascendencia en la lucha del ser contra las adversidades que le presenta la existencia. Lucha agónica, combate desigual y derrota inevitable.

84.4. ¡Cuán grande ha de ser la fuerza íntima para escribir *Ángel fieramente humano y Redoble de conciencia* (Editorial Losada, Buenos Aires, Ed. 1960) ¡Cuánta la emoción acumulada en la sensibilidad del autor vasco! Y ¿De dónde, de qué manera pude surgir una voz como la suya tan doliente, tan desgarrada?

## 85. Restos

Hay seres extraños que parecen concreciones de elementos originarios de remotos lugares. ¿O son únicamente configuraciones algo salobres —pienso en su piel brillante y tersa— provenientes de lugares presuntamente abisales?

Nosotros, los humanos, abrumados como estamos por tanto pasado diverso y casi inertes por tanta contradicción irresoluble, parece ser que no tenemos otra misión que dedicarnos a la búsqueda de cualesquiera restos indiciarios.

Algunos de estos restos —una minoría relativamente amplia— parecen provenir, como se intuía, de los lugares más húmedos y profundos. Y su aspecto viscoso y amorfo produce irremediablemente una desagradable inquietud.

## 86. El descenso a los infiernos

Hay muy diversas clases de viajes: entre otros, viajes iniciáticos, viajes al fondo de la mente y viajes sin retorno. Y también hay viajes a los infiernos. Los infiernos a los que aquí se alude no son ígneos ni, afortunadamente, eternos. Se trata de los infiernos humanos del ser vivo, que son la morada alternativa y temporal del ser.

Estos infiernos próximos, ciertos pero intangibles, no poseen los tonos anaranjados, violáceos y ocres de aquellos otros, ígneos —esta vez sí— y amenazantes. Aquí son menos los colores: primordialmente, diversas tonalidades del gris.

En ningún caso se debe eludir citar los lugares terribles donde habitan los seres caídos en las mayores desgracias, los lugares donde habita la locura, el dolor y la muerte; en ellos se nota a menudo un olor repulsivo y extraño, combinación de fluidos y emanaciones de difícil descripción. En tales lugares no hay rastro de sutiles y artificiales perfumes. Allí, en aquellos recintos, el dolor hiede.

Pienso ahora en los rostros de los enfermos terminales. Esos rostros... ¿Quién que los ha visto los olvida? ¿Quién no recuerda su delgadez, la desencajada profundidad de su mirada?

---

Sabiendo próxima su muerte, en su agonía, los enfermos cuya vida finaliza tal vez imaginen el galope de los jinetes apocalípticos, quizá vislumbren el sobrevolar de las aves carnívoras más voraces.

### **87. Tampoco sobrevivirán.**

Yo estoy viendo ahora seres desconocidos y aparentemente incólumes e indemnes. Ignoro sus nombres y quienes son, pero están cerca de mí. Los observo, se hallan casi parados realizando sólo leves movimientos incessantes.

Están situados en el mismo camino brumoso en el que yo también ahora me encuentro, semi-estático y consciente de no ser inmortal.

88. Este libro, especialmente su Segunda Parte, titulada *Ensayo*, surgió y se fue produciendo mediante la reflexión subjetiva y libre —en la medida que haya algo realmente libre— ante la realidad existente.

Porque la filosofía es para mí, sobre todo, literatura, literatura del absurdo y de su intento de racionalización, literatura que debería expresar la indignación derivada de no saber quiénes somos y porqué dejamos de ser.

Y ahora, ahora más que nunca, creo que todo cuanto he dicho, pensado y escrito forma parte de un extraño enigma, del cual no conozco siquiera cuál es realmente su origen.

89. Yo no aspiro ya a mejorar en casi ningún aspecto. Mejorar siempre es difícil, ciertamente, y ahora ya me parece ser tarea casi imposible. Y ello por mi edad, por mi nimiedad, por mi cansancio intelectual —aún más que físico— por ser quien soy (lo poco que soy), por saberme y albergar en mí todos los límites que ello implica, y por estar internamente herido —pese a no haber tenido la más mínima intención de presentar batalla alguna que no fuera en defensa de la verdad—.

### **90. Fatena Al-Gurra y las presencias deseadas**

Al-Gurra nació en la zona de Gaza, en Palestina. Pero hablar de países de origen (¿patrias?) o de religiones es sumergirse en un turbio mar de incógnitas, de tradiciones, de atavismos y de extrañas y aun escabrosas ideas y contradicciones.

Yo mismo, como algunos otros, soy oriundo de una población remota, donde el tiempo se condensa y la esperanza parece no haber existido nunca. Dudo que haya otro lugar así. Bueno, en todo caso nace uno en cualquier sitio imprevisible, porque nacer es, entre otras cosas, fruto del azar.

A mí, ahora, en este preciso instante —como en tantos otros anteriores— me da por recordar a quien tanto quiero y tan lejos de mí reside, allende los mares. Parece tener algo de patria el lugar donde uno decide libremente vivir. En lo que a mí se refiere aún no han conseguido mis espectros arrojarme al espacio vacío, quizá por mi propia indolencia y por mi vocación a carecer de referencias terrenales. Pero quizá consigan hacerlo algún día, porque es habitual que tenga recompensa la constancia.

He empezado hablando de una autora —Al-Gurra— y de un libro, *Excepto yo*. Pero en lo que ahora pienso y lo que ahora siento, al margen de todo, y además lo que único que puedo decir es: “Si pudieras regresar pronto...”

91. No son pocas las veces en que la reflexión me ha llevado a pensar que soy un ser esquinado, multiforme, elemental y vacuo, desnortado, erróneo hasta la saciedad como concepto, inseguro y fatalista, y también realista a más no poder, encarnador del absurdo y deseoso de proyectos que mí propio caos interno me impide realizar...

Y quizá en consecuencia, admiro profundamente a quienes escriben con la facilidad que les proporciona, además de su inteligencia y su erudición, la capacidad de razonar con tranquilidad y lucidez desde un mundo —el suyo, interior y pleno— que yo, a duras penas, alcanzo a imaginar.

## 92. No disminuye el azar...

Pienso en ocasiones que llevo ya suficientes textos escritos, sobre todo en función de mi ambición literaria, que no es mucha. Y es que escribir es “viento fugitivo”, como dijo Blas de Otero y no se puede decir mejor.

Yo escribir escribo poco, no sé si por la náusea existencial que siento a menudo o simplemente por mi poca fertilidad literaria. Lo más probable es que sea por ambas cosas a la vez, circunstancia ésta —la de la simultaneidad de lo no incompatible— que tiene lugar muy a menudo en la vida y que algunos se empeñan en no reconocer. ¡Cómo si fuera analizable —separable— el montón de hechos, pensamientos y conceptos que se aglutan en nuestra realidad, o en lo que de ella creemos percibir! Porque es que el azar no conoce destinos prefijados, ni falaces contubernios, ni promesas a incumplir, ni mandamientos profanos (ya sean explícitos, implícitos o de cualquier clase...)

Y allá van, pese a todo, los infalibles, los predicadores de verdades irrefutables, los certeros en la opinión, los chamanes y los miembros de diversas clases de hechiceros...

Sin embargo, y junto a tanto riesgo, alguna parte positiva quizá si pueda tener el azar. Yo no lo sé, ni siquiera alcanzo a intuirlo; pero no es desatino pensar que la presencia permanente de lo aleatorio nos debiera hacer algo más fuertes de ánimo, incluso un poco

inmunes al infortunio. Pero hacernos libres eso no lo puede hacer el azar, ni es capaz de hacerlo poder alguno; lo diré siempre: no hay nadie que sea libre, en cuanto a su propia esencia de ser vivo. La muerte, por otra parte, lleva en sí misma un contenido escéptico, misterioso e inflexible. Y todo ello en medio de un silencio que resquebraja las carnes, las carnes de los aún vivos que observan la muerte de los otros, y las de los moribundos que sólo, si acaso, intuyen la suya propia. Carne del ser desconcertada.

Y ahora mismo, mientras almuerzo, leo críticas maliciosas contra Ernesto Sábato, por parte de sus “pretendidos amigos”. Todo parece ya ser posible. Yo no he perdido tiempo en leer detenidamente tales comentarios, porque no merecía la pena leer lo que está lleno de resentimiento o desconocimiento literario.

Y por otra parte mueren millones de personas en guerras y genocidios. Aún. Ahora. Sí, aún ahora. No cesan de morir. El horror permanece invariable, no entiende de culturas ni parece atenerse a épocas. Y no se busquen disculpas donde no las hay, porque hacerlo sería establecer claudicaciones ante el miedo.

Escribir es para mí —sobre todo— consecuencia directa del azar. Y de la imaginación. Y del desconcierto. Y de la contemplación del sufrimiento propio y ajeno. Así son las cosas, al menos en mi caso. Y a la vez, me va abandonado Mnemósine, no sé si diosa o representación de la memoria, facultad ésta de la que voy cada vez peor. Ir perdiendo la memoria podría muy bien coincidir con ir volviendo a los orígenes. ¿Eterno retorno? Mejor retroceso inevitable. Ciertamente, nunca sabe uno a qué atenerse. Todo se diluye en lo aleatorio.

### **93. Quizá no sea ahora el momento adecuado ni quizá lo será nunca...**

Son ya algunas las ocasiones en que he intentado desarrollar un “proyecto literario-filosófico”, sin considerar que quizá cada uno deba vivir dentro de los límites de sus posibilidades de expresión y no intentar sobrepasarlos.

Sin embargo, en mí los excusos ya van siendo más habituales de lo que debieran. Y no sería de extrañar que la falta de concreción respondiera a diversos motivos, entre los que no hay excluir el haber ya cubierto de sobra etapas de un propio e impensable destino.

Como digo, no hay forma en mi caso de concretar y desarrollar un proyecto literario. Y es que yo, ciertamente, no tengo fe en casi nada. No ya en lo trascendente o metafísico, sino siquiera en la circunstancia de que alguien me escuche, en el hecho de que alguien contraste cuanto digo, y sobre todo, no tengo confianza alguna en poder superar esta sima de miedo, de hastío y de aceptaciones.

#### **94. Viaje en tren a Madrid (agosto de 2011)**

No acababa de amanecer aquella madrugada yendo en tren hacia Madrid. La noche continuaba cerrada. Era algo extraño e inquietante el conjunto que formaba la soledad y la oscuridad en aquella hora, mientras atravesábamos paisajes invisibles. Yo estaba entonces en el pasillo del vagón del tren, apoyando mis brazos en el marco metálico de una de sus ventanas. Y pensé que si viajo poco es debido, entre otros motivos, a que algo indeterminado me retiene casi siempre en el lugar donde habito.

Y ya eran las 6:22 de la madrugada y continuaba la opacidad siendo absoluta. Justo en aquel momento acabábamos de sobrepasar Torralba, según leí escrito en un cartel iluminado. A poco paró el tren: estábamos en la estación de Sigüenza.

Viajar de noche en tren tiene para mí algo de exilio, de deportación. Un hecho que parece inevitable y de tintes trágicos. Ya sé que no es así las más de las veces, y que en mi caso no son sino figuraciones. Pero lo imaginado, en ocasiones, impresiona o afecta tanto como lo real. Cuando no más.

Por fin, pasadas las 6:30, amaneció. Apareció por sobre los cerros el tono azulado del alba. Iban con la luz surgiendo campos amarillos primero y después de varios colores, entre los que no faltaban diversas tonalidades rojizas. Yo así los vi, contiguos y ondulantes. Unos aspersores de riego estaban situados en forma circular, y el agua que expulsaban hacía que el conjunto asemejara una móvil corona plateada. Casi de inmediato, atravesamos un bosque que supuse de álamos. Y no tardó ya mucho —al fin— en llenarlo todo la luz.

95. Recuerdo ahora la frase del novelista portugués Antonio Lobo Antunes que decía: “Mi objetivo es llegar lo más lejos posible en el proceso literario”. Es éste un buen propósito, yo no lo dudo en absoluto, nunca lo he dudado. Aunque sabemos que escribir es un objetivo difícil de alcanzar: por amplio, por intenso, por imprevisible, por dependiente de otros factores, por esencia y por praxis...

Pero sí, seguir avanzando, eso sí, parece inevitable el empeño, o al menos habrá que intentarlo, sí, hacia delante, aunque no se pueda conseguir más que —al igual que en mi propio caso— avanzar muy lentamente. En cuanto a la distancia a recorrer...

#### **96. Casandra**

Tenía Casandra —como atributo mitológico— el don divino de predecir el futuro, cosa ésta —entre otras muchas— ciertamente imposible para los humanos. El futuro es simplemente una probabilidad dentro del caos. Es tiempo por venir, imprevisible e irreversible.

Y, ¿Qué decía Casandra? ¿Y a quiénes? ¿Sabía del dolor a presagiar? ¿Resistía el contacto con los hombres, tan a menudo malvados? Dime, Casandra, ¿Qué seremos? ¿Qué >

---

será de nuestro empeño, de nuestra constante lucha denodada? Y quizá me podrías decir también: ¿Adónde van los genocidas? ¿Quién se apiada de nosotros? ¿Y qué es todo esto Casandra, que no entiendo, que me rodea, que me reduce y que terminará necesariamente por aniquilarme?

97. Escribo este breve texto, en modesto homenaje a Baldassare Galuppi, aunque él poco lo precise, y a su maravilloso oratorio *La caída de Adán*, y también a Susana Rigacci, que interpreta en dicha obra el papel del Ángel de la Misericordia, siendo que para mí tiene ella mucho de divinidad.

Hay quienes, erróneamente, aconsejan perdonar el mal. Si cometen tal afrenta contra la justicia: ¿cómo podrán hablar alguna vez de dignidad? Ha sido enorme el dolor infligido por el hombre al propio hombre. Y gran parte de la maldad humana ha quedado impune.

Yo me siento más próximo, mucho más próximo, al ángel de la justicia que al ángel de la misericordia.

## 98. Despedida

Y te deseo que allá donde ahora estés, y donde en el futuro te halles, cualesquiera poderes ignotos te provean de la mayor lucidez posible. Y, sobre todo, que te guarden del sufrimiento.

## 99. Carne

No sé si algunos de los que no aceptan la realidad en sí misma han imaginado el peso de la carne humana, el peso de los cuerpos. Y tampoco sé si han imaginado, aunque sólo sea por un momento, cual puede ser la enorme masa de esa carne aglomerada. Pero se trata de carne viva, de carne pensante, dicente. Es carne de tonos pálidos, mixtos.

Me estoy refiriendo a carne espiritual, desde luego, pero aún y así a carne que acaba necesariamente en corrupción. Porque es sabido que toda carne inevitablemente se corrompe, incluso la más bella, y se aja, y se ablanda, y retrocede. Y es precisa y únicamente desde el espíritu desde donde se pueden considerar las características del cuerpo y de su carne.

100. Yo continuaré diciendo que la vida está llena de dolor y de maldad humana. Decirlo es para mí un deber ineludible. Y en las pocas páginas de este libro está reflejada mi propia vida, un resumen de incomprendión y de rechazo, una locura no querida, un sinsentido, un castigo por nada y para nada. Todo absurdo y derrumbe.

Porque yo no aporto nada a nadie, y empiezo ya a ser sólo recuerdo, por más que aún me intriguen ideas como las ceremonias iniciáticas de Eleusis (con los hierofantes, “que

---

muestran lo sagrado”, y con Deméter, diosa de la fecundidad y la agricultura, y también con Hades, dios de la muerte y el infierno).

Y observo de nuevo esta larga agonía que es la vida, donde el caos se entrelaza con la nada...

Y creo, además, que casi desde siempre en mí todo ha ido fluyendo río abajo, por la torrentera, por el desagüe de mis entrecortadas irrealidades, por las alcantarillas de mi vida y mis errores...

### **101. El hombre que observaba el agua quieta**

Estoy mirando la foto de un hombre que a su vez observa el agua quieta, no sé si es la de un río o la de un lago. La foto no permite tal determinación. El hombre se encuentra estático, solo, situado junto a un árbol, e inclina su cabeza mirando al suelo. Parece más meditabundo que derrotado. Se mantiene descalzo sobre unas hierbas cuyo nombre desconozco, pero que unen al color verde tintes violáceos.

En la foto que contemplo, la tarde parece declinar.

102. Yo me encuentro, en estos tiempos y quizá para siempre, en este preciso lugar... Y no sé si ello es debido a algún destino inevitable: pero, en todo caso, es el lugar en donde el azar me ha situado, y desde el cual contemplo algo perplejo el paso del tiempo, y también es el espacio donde inconscientemente agonizo...

### **103. En las postrimerías del verano de 2013**

Yo estaba de pie frente al paso del tiempo, de noche, en la calle casi desierta de la ciudad. Extrañamente, estaba todo en silencio. Parecía el entorno diferente aquella noche, siendo sin embargo yo quien en realidad estaba siendo diferente, puesto que nada es tan susceptible al cambio como el ánimo y el sentimiento del ser humano.

Hay momentos, quizá no muchos, que debieran perdurar entre tanto sinsentido. Son momentos maravillosos que aparecen sin saberse el porqué de su tiempo, su causa y su lugar. Pero desaparecen casi en cuanto surgen, y a partir de entonces, desaparece también lentamente su recuerdo.

Nosotros no tardamos mucho en descender, lentamente, por una bajada algo pronunciada. Entonces, cesando la angustia que tan a menudo me acompaña, dejaron de verse totalmente las pocas figuras humanas que antes había, y aún me pareció mayor el silencio.

Y casi de inmediato —sin producirme el hecho la menor sorpresa— me deslumbro de nuevo el desconcierto.

## 104. Delfos

Parece ser que fue en los cielos de Delfos donde se encontraron dos de las águilas de Zeus, las cuales partieron en su momento (y a la vez) de opuestos confines del orbe; de este modo lo enuncia David Hernández de la Fuente en su comentario del libro de Michael Scott, *Delfos, Historia del centro del mundo antiguo* (Ed. Ariel).

Leo, a continuación, que según Heráclito, Apolo (hijo de Zeus) es el dios cuyo oráculo está en Delfos. En todo caso, se trataba de dos águilas en vuelos opuestos, frontales, y que hay que suponer rectilíneos; (algunas palomas regresan de su viaje por el cielo con el pecho abierto por las garras de los halcones. Malheridas, sí, pero vivas. Heroicas ante la muerte evitada).

Y desde “el confín del orbe”, dice el libro citado *Delfos...* O sea, desde los límites del propio mundo. No cabe sino suponer enormes distancias imaginarias.

El subtítulo del libro de Scott es, como se ha dicho, *Historia del centro del mundo antiguo*. Esa debe ser la idea del autor, su referencia, un lugar acaso hipotético.

Pero vuelvo ahora a Delfos, a aquel lugar que sobrevolaron las águilas divinas. ¿Serían dichas águilas, asimismo, altivas, esas que a menudo simbolizan el poder? Quizá. Pero todas las águilas acaban su vuelo inevitablemente en algún remoto peñascal, por mucha y admirable que sea la distancia (envergadura) existente entre los dos extremos de sus alas desplegadas.

## 105. Leyendo a Borges. 13 de mayo de 2013

Nos habla Borges en *La flor de Coleridge* de “Los Escalígeros”.

Y leo en Internet que “muy cerca están las tumbas de los Escalígeros, dedicadas a la familia della Scala, en tiempo dueños y señores de Verona. Estos monumentos fueron elaborados al estilo del siglo XIV”.

Los saltos en el tiempo y en el espacio son de vértigo, de eso no cabe duda.

Y es que yo he estado hace no muchos días en Verona, y precisamente yo, que no he estado casi en ningún lugar. Pero sí en Verona, adonde acudí sobre todo para escuchar dos óperas de Verdi.

La relación de Verona con la familia Scala es trabajo que queda para los historiadores y los amantes de la Historia, por descontado. Por mi parte, quizás si ahora volviera a recorrer la plaza Erbe, o la dei Signori, sería algo diferente mi forma de verlas. Aunque no creo que tal hecho tenga lugar, porque es imprevisible la relación con lo que nos rodea, donde son diversos los espacios y los volúmenes, múltiples los colores, permanente la presencia de la Historia, y no pequeña la inquietud ante lo desconocido.

---

Pero ya ha quedado atrás Verona. Es algo que, como otras cosas, casi seguro que para mí no volverá. También cita Borges (no recuerdo exactamente dónde) a los “nictálopes”. Nictálope es, según el *Diccionario de la Lengua*, “aquel (persona o animal) que ve mejor de noche que de día”.

Y noctámbulo (o noctívago) es aquel “que anda vagando durante la noche”.

Entre los animales, el jaguar tiene “hábitos nocturnos”. Pero no sé si esto lo incluye entre los nictálopes. Ciertamente, en cuanto hablas de algo te das cuentas de lo difícil que es concretar sobre ello; surgen dudas por todas partes. Casi te llega a amordazar la imprecisión.

¡Ah!, me dejaba otra palabra de la “serie nocturna”, que ahora mismo he recordado. Sí me refiero a nocherniego, o sea, el que anda de noche, el trasnochador.

## 106. Otras torres de Babel

Dicen que la *Torre de Babel* fue erigida para llegar al cielo, y que algún dios la destruyó.

Podría ser que una torre de tales características fuera una muestra del orgullo humano exacerbado, como dice la tradición. Pero ¿no sería, quizás también, un aspecto de la desesperación del hombre? ¿No sería tal edificio consecuencia de una humana y comprensible aspiración a elevarse?

Parece ser que la Torre de Babel (posiblemente un zigurat) fue destruida, en efecto. ¡Cuánto esfuerzo, en tal caso, inútil! Pero así es nuestra vida, suma de esfuerzos que han de sucumbir, arrasados, o por el dios de Babel o por cualquier otro poder —divino o no— desconocido.

### Notas

1) El zigurat (según dice Mircea Eliade en *El mito del eterno retorno*, Alianza Editorial, 2013) “era una montaña cósmica, es decir, una imagen simbólica del cosmos; los siete pisos representaban los siete cielos planetarios (como en Borsippa) o los siete colores del mundo (como en Ur)”.

2) Tanto Borsippa como Ur eran ciudades sumerias.